EL ENIGMA DEL DOCTOR JUAN NEGRÍN: PERFIL POLÍTICO DE UN GOBERNANTE SOCIALISTA

Por ENRIQUE MORADIELLOS

Sin ningún género de dudas, la figura humana y política de don Juan Negrín López (Las Palmas, 1892-París, 1956) ostenta el extraño y dudoso honor de reunir en torno a su persona dos atributos y características de enorme interés y significación desde una perspectiva de análisis histórico-biográfico.

Ante todo y en primer lugar, el socialista doctor Negrín es prácticamente el personaje más desconocido y olvidado de todos cuantos tuvieron algún protagonismo destacado en la guerra civil española de 1936-1939. Al margen de quienes por su edad vivieron y sufrieron directamente aquellos años trágicos, muy pocas personas recuerdan hoy en día que Negrín llegó a personificar el espíritu de resistencia del bando republicano durante el conflicto fratricida con tanto fervor e intensidad como el general Francisco Franco llegó a representar al bando nacionalista vencedor. Porque, en efecto, no fueron otras figuras más conocidas y homenajeadas en la actualidad (como Manuel Azaña, Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto o Dolores Ibárruri) quienes encarnaron y asumieron la representación interna e internacional del esfuerzo bélico de la República durante la mayor parte de la guerra. Fue, aunque pueda parecer sorprendente, el doctor Negrín, jefe del gobierno republicano entre mayo de 1937 y marzo de 1939. A él se debió la acuñación y popularización de la consigna emblemática «Resistir es vencer», asociada para siempre desde entonces a la estrategia política y militar desplegada por la República en la contienda. También fue él, por voluntad popular anónima, quien bautizó incluso a las lentejas, pieza esencial de la magra dieta alimenticia imperante en la zona republicana, como «las píldoras del doctor Negrín».

Aparte de ese notorio desconocimiento público, el segundo rasgo sobresaliente en torno a la figura de Negrín radica en la acerba controversia y durísima polémica que rodeó y sigue rodeando su conducta política durante los años de la guerra civil y en el exilio posterior. No en vano, el doctor Negrín tuvo la desgracia y el infortunio de concitar casi tanto odio, animadversión y hostilidad en el bando enemigo franquista como en su propio bando republicano. Para aquél, era un execrable líder

Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)
Núm. 109. Julio-Septiembre 2000

comunista, el hombre de Moscú, sometido servilmente al dictado de Stalin y responsable de una política de resistencia que alargaba inútilmente la lucha e impedía el rápido triunfo de las fuerzas nacionalistas. Curiosamente, también en las filas republicanas existían líderes y fuerzas políticas que asumían ese juicio de Negrín como líder comunista, «hombre de paja de Moscú» y responsable de múltiples errores políticos y militares.

Las razones del desconocimiento público actual sobre Negrín son relativamente fáciles de perfilar y señalar. Ante todo, parece ser uno más de los resultados de la amnesia histórica colectiva sobre la guerra civil impuesta por el pacto del olvido sellado durante la transición democrática y mantenido en vigor hasta nuestros días. Al respecto, cabe recordar que la transición pacífica desde la dictadura hacia la democracia entre 1975 y 1977 tuvo como elemento determinante la amnistía y que, etimológicamente, amnistía y amnesia son conceptos conjugados. El perdón sobre las culpas del pasado (necesario para evitar desestabilizadoras peticiones de responsabilidades y ajustes de cuentas) conllevaba la práctica del olvido; y esa práctica del olvido era a su vez un requisito para otorgar dicho perdón de culpas. Tratar de olvidar un pasado traumático para no repetirlo nunca jamás fue un saludable principio rector asumido por las generaciones y los dirigentes que vivieron y protagonizaron la transición política. Pero tuvo como resultado y derivación un déficit de conciencia histórica realmente importante entre la ciudadanía española.

La figura histórica de Negrín sufrió el efecto correspondiente de ese pacto del olvido. Sin embargo, cabría pensar con fundamento que su desaparición de la memoria pública y colectiva fue muy superior al de otros personajes de su época, como Azaña, Largo Caballero, Prieto o Pasionaria. Y en esta cuota de olvido suplementario es indudable que influyó la aguda controversia sobre el significado político de su gestión gubernativa. En otras palabras: el patente olvido histórico del doctor Negrín es también consecuencia directa de las profundas y amargas divisiones políticas que afectaron al bando republicano durante todo el conflicto y luego en el largo y prolongado exilio. No en vano, identificado con una agotadora política de resistencia a ultranza (que coincidía, pero no se identificaba, con la del Partido Comunista), Negrín concitó la hostilidad de amplios sectores políticos republicanos más favorables a lograr la paz mediante una negociación de los términos de rendición con Franco. De este modo, acusado de promover el ascenso político y militar de los comunistas y de sabotear las posibilidades de una mediación en el conflicto, Negrín sufrió en los últimos meses de la guerra y durante el exilio la crítica y oposición acerba de la mayor parte de las fuerzas republicanas, anarquistas y aun socialistas. Por ese motivo, ninguna organización política de entidad trató de mantener el recuerdo de su figura y su línea política con posterioridad. Por eso mismo, tanto el PSOE como la UGT acabaron optando por el silencio vergonzante sobre su incómodo correligionario.

Juan Negrín López había nacido el 13 de febrero de 1892 en Las Palmas de Gran Canaria, en el seno de una familia muy acomodada y hondamente católica. Su padre, Juan Negrín Cabrera, era un próspero y reputado comerciante y hombre de

negocios de las islas. El catolicismo familiar no era simple formalidad al uso tradicional sino una auténtica vocación real, como demuestran dos hechos singulares: el único hermano varón de Negrín, Heriberto, profesó como religioso toda su vida en la orden claretiana, en tanto que su madre (María Dolores López Marrero) y su única hermana (Dolores), cuando tuvieron que salir de Canarias al exilio por su parentesco con el dirigente republicano, optaron por instalarse en Lourdes llevadas por su devoción mariana. Al respecto, cabe subrayar que la posterior diferencia de actitudes ante la religión entre Negrín y sus progenitores y hermanos nunca debilitó los fuertes vínculos afectivos existentes dentro de la familia (1).

Gracias a la sólida posición económica familiar y al cosmopolitismo imperante en una ciudad portuaria como era Las Palmas, el joven Negrín tuvo desde el principio una educación muy esmerada, que incluyó el estudio en profundidad de idiomas extranjeros. Cuando terminó precozmente el bachillerato con notas brillantes a los catorce años, su padre decidió seguir una tradición común entre las familias pudientes canarias: enviar a su hijo a realizar estudios universitarios fuera de las islas y de la propia Península, a universidades extranjeras. Puesto que el muchacho había destacado en las asignaturas de ciencias y había manifestado interés por la medicina, su padre optó por enviarle a estudiar esa carrera a Alemania en 1906, seducido por el enorme prestigio de la ciencia y la universidad germanas de la época. En consecuencia, Negrín estudió dos años en la Facultad de Medicina de Kiel, trasladándose en el curso 1908-1909 a la de Leipzig, puesto que había decidido especializarse en fisiología médica y era allí donde se hallaba el mejor instituto de fisiología de toda Alemania y aun de Europa (2).

Negrín permaneció en Alemania durante casi un decenio, estudiando primero medicina, luego química y parcialmente ciencias económicas. En todos sus estudios se reveló como un estudiante muy brillante y dotado de extraordinaria capacidad para la investigación científica y fisiológica. Prueba evidente es que logró obtener el doctorado en medicina en 1912 (cuando contaba sólo con veinte años) y que inmediatamente fue incorporado al Instituto de Fisiología de Leipzig como investigador asistente y luego profesor ayudante.

---

(1) Aunque falta un estudio completo y riguroso sobre Negrín, contamos con algunas obras que perfilan su biografía humana y política. La mejor y más reciente es la elaborada por MANUEL TUÑÓN DE LARA, RICARDO MIRALLES y BONIFACIO N. DÍAZ CHICO: *Juan Negrín López. El hombre necesario*, Gobierno de Canarias, Las Palmas, 1996. También son útiles los trabajos de SANTIAGO ÁLVAREZ: *Negrín, personalidad histórica*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1994, 2 volúmenes (el segundo es una recopilación documental); y JOAN LLARCH: *Negrín: ¡Resistir es vencer!*, Planeta, Barcelona, 1985.

(2) El historial educativo y científico de Negrín es objeto de análisis específico por parte de B. N. DÍAZ CHICO en la obra citada en nota previa: «El legado científico de Juan Negrín», págs. 193-246. Sus resultados concuerdan con los tres trabajos sobre la materia de ALFREDO RODRÍGUEZ QUIROGA: «Juan Negrín López: el científico como estadista», *Sistema*, núm. 129, 1995, págs. 79-94; «Juan Negrín, fisiólogo», *Arbor*, núm. 608, 1996, págs. 73-95; «De la fisiología experimental al cultivo de la bioquímica moderna: la Escuela de Fisiología de Juan Negrín», *Arbor*, núm. 634, 1998, págs. 121-140.

Durante su estancia en Leipzig, Negrín se casó con una joven rusa estudiante de música, María Mijailov, cuya familia pertenecía a la burguesía rusa de origen judío que había tenido que exiliarse por causa de la revolución bolchevique. Ese matrimonio (del que nacería tres hijos: Juan, Rómulo y Miguel), junto con su carrera y trayectoria profesional, favorecieron la conversión de Negrín en un políglota asombroso, capaz de hablar alemán, inglés y francés con rara perfección, y de manejar el ruso y el italiano con gran soltura.

A finales del año 1915, en plena Primera Guerra Mundial, las crecientes dificultades que encontraba en Alemania para seguir trabajando impulsaron a Negrín a regresar a España. Contaba ya con un sólido prestigio profesional avalado por sus investigaciones sobre las glándulas suprarrenales y el sistema nervioso central y por una serie notable de artículos publicados en las mejores revistas científicas de Europa. Con el apoyo entusiasta de Santiago Ramón y Cajal, Negrín se estableció en Madrid al frente de un Laboratorio de Fisiología General creado expresamente para él en la Residencia de Estudiantes por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Tras convalidar sus títulos de licenciado y doctor en medicina, pertrechado de un sólido prestigio académico, en marzo de 1922 Negrín obtuvo mediante reñida oposición, por unanimidad, la cátedra de fisiología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, con tan sólo treinta años de edad (3).

Su laboratorio de fisiología madrileño, primero en la Residencia y luego en la Facultad de Medicina, se convirtió en un centro de investigaciones de resonancia internacional y en una escuela de formación científica realmente excepcional. Para demostrarlo baste recordar que figuras como Severo Ochoa, Francisco Grande Covián, Rafael Méndez Martínez, José Puche Álvarez y Blas Cabrera Sánchez se contaron entre sus discípulos y colaboradores. Todos ellos guardarían siempre un afecto muy especial por quien consideraban como su maestro, con independencia de sus respectivas orientaciones políticas, y sus testimonios acreditan tanto la talla intelectual como la gran humanidad y generosidad de Negrín (4).

Durante su estancia en Alemania, Negrín también había madurado inquietudes políticas muy alejadas de su tradición familiar conservadora y muy próximas a la socialdemocracia germana, entonces en uno de los momentos de su máximo apogeo e influencia sociopolítica y cultural. Esas inquietudes políticas de claro matiz progresista llevaron a Negrín a ingresar en el PSOE en la primavera del año 1929, en plena

(3) Además de los trabajos citados en nota previa, sobre esta etapa madrileña de actividad científica véase el favorable retrato elaborado por el doctor J. ÁLVAREZ SIERRA en el libro escrito en colaboración con JOSÉ GUTIÉRREZ-RAVE MONTERO: *Dr. Juan Negrín*, Celebridades-Colección Popular de Biografías, Madrid, 1966. Su valor testimonial se acrecienta debido a la fecha y lugar de edición de esa obra y, por contraste, a la furibunda crítica política sobre Negrín que contiene. Cfr. SANTOS CASADO DE OTAOLA: «Juan Negrín y la Residencia de Estudiantes», *El País*, 29 diciembre 1992, pág. 22.

(4) B. N. DÍAZ CHICO: «Los discípulos de Juan Negrín», en *op. cit.*, págs. 225-238. MARINO GÓMEZ SANTOS: *Severo Ochoa*, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo, 1989, pág. 32 y ss. Del mismo autor, *Francisco Grande Covián*, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo, 1991, pág. 29 y ss. RAFAEL MÉNDEZ: *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, F.C.E., México, 1987, págs. 18-22.

crisis de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera y de la monarquía de Alfonso XIII. Como tantos otros intelectuales de la época y de su generación, como el doctor Gregorio Marañón, el filósofo José Ortega y Gasset o el propio Manuel Azaña, Negrín consideraba que el régimen republicano era el más idóneo para acometer la necesaria modernización política y social del país. Además, estimaba que el partido socialista era «el único partido realmente republicano que existe en España» (5). Por eso mismo, dentro del movimiento socialista, se alineó desde el primer momento y firmemente con la facción moderada y reformista encabezada por Indalecio Prieto, con quien fraguó una amistad estrecha y sólo rota posteriormente por la guerra civil.

A partir de su ingreso en el PSOE, Negrín fue abandonando la investigación científica básica en favor de la actividad política, pero sin integrarse en los órganos de dirección del partido, siempre de la mano de Prieto y con el horizonte puesto en un programa de europeización de España según el modelo ofrecido por la poderosa e influyente socialdemocracia germana, entonces al frente del gobierno de la República de Weimar. No en vano, solía afirmar en público con orgullo que era «el único socialista no-marxista» del PSOE, para incomodidad de muchos de sus correligionarios, afectos a una ortodoxia marxiana rigurosamente custodiada por Julián Besteiro, también catedrático (de lógica) en la Universidad de Madrid y presidente tanto del partido como de la UGT (6).

El abandono de la investigación científica fue definitivo a partir de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, cuyo resultado fue la inesperada caída de la monarquía y la pacífica proclamación de la Segunda República. En las elecciones generales de junio del mismo año, Negrín fue elegido diputado socialista por su ciudad natal, Las Palmas de Gran Canaria. Y seguiría en primera línea de la actividad política durante todo el quinquenio republicano porque logró revalidar su escaño en las elecciones generales de noviembre de 1933 (en las que obtuvieron el triunfo las derechas) y de febrero de 1936 (en las que triunfó el Frente Popular).

Carente de grandes dotes oratorias (al modo de un Azaña o Prieto), la actividad parlamentaria de Negrín durante esos cinco años no tuvo resonancia pública especial y se centró en una eficaz labor como presidente de la Comisión de Hacienda y Presupuestos, gracias a sus incompletos pero fructíferos estudios de economía en Alemania. De igual modo, gracias a su sorprendente dominio de idiomas, fue elegido por las Cortes como representante de España en la OIT (Oficina Internacional del Trabajo), con sede en Ginebra, y en la Unión Interparlamentaria Europea, con sede

(5) Palabras de Negrín pronunciadas el 1 de diciembre de 1929 en una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid titulada «La ciencia y el socialismo». Recogidas en JUAN MARICHAL: «Ciencia y gobierno: La significación histórica de Juan Negrín», en MANUEL RAMÍREZ (editor): *Estudios sobre la II República,* Tecnos, Madrid, 1975, págs. 185-200 (la cita en pág. 191). Del mismo autor, «Juan Negrín, el científico como gobernante», en *El intelectual y la política,* Residencia de Estudiantes-CSIC, Madrid, 1990, págs. 83-106.

(6) J. MARICHAL: «Ciencia y gobierno», pág. 192.

itinerante por varias capitales continentales. Todas estas actividades internacionales le hicieron viajar muy a menudo y trabar contacto, y en ocasiones amistad, con gran número de dirigentes políticos europeos y mundiales. El resultado (que habría de ser relevante posteriormente, en la guerra civil) fue que Negrín, durante los años de la República, era mucho más conocido como brillante político socialista fuera de España que en su propio país.

Entre abril de 1931 y julio de 1936, a medida que la tensión política y la polarización social aumentaban en España, Negrín fue acentuando su plena identificación en el movimiento socialista con las posiciones moderadas de Prieto y su firme oposición a la tendencia radical liderada por Francisco Largo Caballero. La facción prietista del PSOE, mayoritaria en la Comisión Ejecutiva, era partidaria de mantener la coalición con los republicanos de Azaña para completar el ambicioso programa de reformas políticas y sociales de tinte socialdemócrata que se había puesto en marcha entre 1931 y 1933 (secularización del Estado, reforma agraria, descentralización administrativa, reforma militar, legislación laboral progresista, etc.). Según Prieto y sus partidarios, esa conjunción republicano-socialista era imprescindible para promover con éxito las reformas y vencer la doble oposición ofrecida por la posible reacción de las derechas defensoras del *status quo* con ayuda del ejército y por la también posible revolución de las izquierdas obreras de inspiración anarcosindicalista o comunista.

El drama socialista durante la República consistió en que esas tesis prietistas fueron ferozmente contestadas en el seno del PSOE y de la UGT por la corriente de izquierda socialista articulada en torno a Largo Caballero y la dirección ugetista. El fracaso electoral de noviembre de 1933 y el estrepitoso fiasco de la huelga general de octubre de 1934 contribuyeron paradójicamente a radicalizar esa corriente, firmemente opuesta a repetir cualquier colaboración gubernativa con los republicanos en favor de una estrategia de movilización popular que presionara a las autoridades para adoptar medidas favorables a la clase obrera. El hipotético riesgo de pronunciamiento militar reaccionario era descartado por la confianza en la fuerza de la huelga general obrera para atajar cualquier intentona golpista, según el modelo ofrecido por el fallido golpe del general Sanjurjo en agosto de 1932.

La honda división en el seno del socialismo español tuvo como resultado un debilitamiento sustancial de la coalición socio-política entre clases medias republicanas y movimiento obrero reformista que había dado origen a la República en abril de 1931. De hecho, a partir de la apretada victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, esa fractura impidió que los socialistas entraran en el gobierno republicano y reforzaran su labor en un semestre crítico. Precisamente cuando la oleada de conflictos laborales estaba creando el ambiente idóneo para justificar ante amplios sectores de las clases medias y propietarias la necesidad de una intervención militar para restaurar el orden y atajar la anarquía, según dictaba la clásica tradición pretoriana dominante en el Ejército español.

Cuando el 17 de julio de 1936 la temida insurrección militar contra el gobierno triunfó únicamente en la mitad de España (la más atrasada económicamente y la me-

nos poblada demográficamente) y dio origen así a la guerra civil, el doctor Negrín se vio catapultado al primer plano de la escena política contra su probada voluntad de anonimato y en un contexto realmente crítico y desfavorable para la República. No en vano, mientras que ésta tenía que hacer frente a un grave colapso de sus instituciones estatales y experimentaba un aislamiento internacional casi completo debido a la decisión franco-británica de negarle suministros de material bélico, los militares insurgentes lograban poner en marcha un asalto frontal contra el territorio enemigo y conseguían el vital apoyo militar, financiero y diplomático de la Alemania nazi y la Italia fascista. Además, en tanto que el bando insurgente ofrecía una imagen de notable unidad política y social alrededor de un programa claramente reaccionario, la retaguardia republicana ofrecía un espectáculo de división entre los elementos reformistas, partidarios de luchar por una República social-democrática, y los elementos revolucionarios, favorables a luchar por una revolución social de tipo colectivista.

En ese contexto de emergencia bélica y caos institucional, Negrín se dedicó en las primeras semanas de la guerra a ayudar, como oficial de enlace, a las milicias republicanas que defendían Madrid del avance nacionalista en los altos de Guadarrama (en las cuales se había alistado su hijo mayor). Mariano Ansó, diputado republicano y amigo personal, recordaba que «iba y venía de su laboratorio a los frentes de la sierra, las más de las veces en el primer camión de milicianos que encontraba» (7). Sin embargo, muy pronto fue llamado por la dirección del partido socialista para tareas más relevantes. A principios de septiembre de 1936, Negrín se convirtió en ministro de Hacienda de un nuevo gobierno de coalición frentepopulista presidido por Largo Caballero, gracias a su probada competencia técnica, habilidad administrativa y al apoyo político de Prieto. Sólo aceptó el cargo por disciplina partidaria, dado que consideraba que la presidencia de Largo Caballero daba una imagen de la República en exceso radical de cara al exterior y era una grave equivocación política y diplomática que impediría obtener la vital ayuda de Francia y Gran Bretaña (8).

Como titular de esa cartera ministerial clave, Negrín tuvo la especial responsabilidad de movilizar todos los recursos económicos y financieros disponibles en la retaguardia en favor de la prosecución del esfuerzo de guerra republicano contra un

(7) MARIANO ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona, 1976, pág. 140. Ansó fue durante la guerra subsecretario del Ministerio de Justicia y luego ministro entre febrero y abril de 1938. Cfr. EDMUNDO LORENZO: «Ensayo de semblanza», recogido en S. ÁLVAREZ: *Negrín*, vol. 2, pág. 255; y MANUEL TUÑÓN DE LARA: «Juan Negrín, hombre de Estado», *Perspectiva contemporánea*, núm. 1, 1988, págs. 19-22 (la referencia a las primeras semanas de guerra en pág. 20).

(8) La atribución a Prieto del nombramiento y la reacción negativa de Negrín se recoge en JUAN SIMEÓN VIDARTE: *Todos fuimos culpables*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, págs. 481-482. El autor era dirigente socialista prietista y sería durante la guerra subsecretario del Ministerio de Gobernación. También da cuenta de ella en sus memorias JULIÁN ZUGAZAGOITIA, dirigente socialista que ocuparía el cargo de ministro de Gobernación: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, vol. 1, págs. 154-155. La opinión inicial de Negrín sobre el gobierno de Largo Caballero se recoge en su carta a Prieto de 23 de junio de 1939. INDALECIO PRIETO: *Epistolario Prieto-Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la guerra civil española*, Planeta, Barcelona, 1990, pág. 51.

experimentado Ejército insurgente que contaba con el vital apoyo material de la Italia fascista y la Alemania nazi. Como parte de su programa de recuperación de atribuciones estatales y preparación de una economía de guerra, Negrín dispuso la inmediata reconstrucción del cuerpo militar de Carabineros, una policía de control de aduanas sumamente eficaz que pasó a ser conocida como los «Cien Mil Hijos de Negrín» (aunque nunca llegaron a totalizar ese número).

Sin embargo, su decisión más importante (y polémica) como ministro de Hacienda fue la de utilizar a fondo las reservas de oro del Banco de España para sufragar con su venta y conversión en divisas el pago de las armas, los servicios y los suministros requeridos por una República aislada diplomáticamente y carente de recursos propios para abastecer sus crecientes necesidades de equipo militar, materias primas y alimentos. En octubre de 1936, cuando el avance de las tropas franquistas sobre Madrid parecía incontenible y cuando comenzaba a llegar la primera ayuda militar soviética, Negrín, con el visto bueno del presidente Azaña, de Largo Caballero y de otros ministros influyentes (entre ellos, Prieto), dispuso el envío de una parte de esas reservas de oro a Moscú para garantizar su uso seguro y confidencial en la adquisición de armas y suministros varios. En conjunto, se enviaron a la Unión Soviética tres cuartas partes de las reservas (510 toneladas de oro de aleación), con cargo a las cuales fueron pagándose los envíos de suministros militares soviéticos y de otros países. Las divisas generadas en la operación de venta (calculadas en 518 millones de dólares) se gastaron en su totalidad en compras de material bélico y pagos por servicios diversos (importaciones de alimentos, carburante, material sanitario, fletes y seguros mercantes). Otra cuarta parte de las reservas (cifrada en 174 toneladas de oro fino) fue vendida al Banco de Francia por 195 millones de dólares y sirvió para pagar los suministros procedentes de ese país (9).

En cualquier caso, al margen de la maraña de críticas y deformaciones interesadas provocadas por la decisión de movilizar el oro, resulta evidente que esas medidas dictadas por Negrín fueron decisivas y posibilitaron la supervivencia económica y financiera de la República en un contexto internacional claramente adverso si no hostil. Sin el recurso a la venta de las reservas y su conversión en divisas e instrumentos de pago exteriores, no habría habido posibilidad alguna de resistencia militar y financiera. Exactamente lo mismo habían hecho las autoridades de Francia y Gran Bretaña durante la Gran Guerra de 1914-1918 y así volvería a repetirlo el Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial.

El momento culminante de la carrera política de Negrín llegó en mayo de 1937, después de que las fuerzas de seguridad republicanas hubieran aplastado una rebelión anarquista en Barcelona. La crisis barcelonesa de mayo fue el punto álgido de la

(9) La obra clave sobre la gestión financiera de Negrín es el estudio de ÁNGEL VIÑAS: *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*, Grijalbo, Barcelona, 1979. Respecto a las ventas de oro en Moscú, el autor antedicho sólo ha identificado «una discrepancia inexplicable de tan sólo 0,4 toneladas de oro fino, equivalentes a unos 450.000 dólares». Sobre este tema y el alto precio de la ayuda soviética resulta inexcusable la obra de GERALD HOWSON: *Arms for Spain*, John Murray, Londres, 1998.

división interna en el bando republicano y se saldó con la derrota de los partidarios de la revolución social y la victoria del reformismo socialdemócrata.

Como resultado de la crisis de mayo de 1937, Largo Caballero perdió la presidencia del gobierno y fue reemplazado, para sorpresa de todos, por el doctor Negrín, cuando casi todo el mundo esperaba que fuera Prieto el que se hiciera cargo de la tarea. Es evidente que Negrín tuvo a favor de su elección el gran cometido desempeñado en la cartera de Hacienda y su creciente prestigio público e internacional. También es evidente que Prieto decidió renunciar a presidir el gabinete para no exacerbar la oposición caballerista y dejar abierta la vía a su reincorporación al ejecutivo. Ahora bien, no cabe obliterar otra razón plausible apuntada por otras fuentes: Negrín era el candidato deseado por el Partido Comunista y la Unión Soviética con preferencia a Prieto y esa opinión pesaba cada vez más en la vida política republicana porque la defensa dependía totalmente de los suministros bélicos soviéticos y porque la fuerza del PCE había crecido mucho como resultado de ese apoyo y de su demostrada eficacia organizativa y disciplina paramilitar (10). Sin embargo, la decisión última de entregar a Negrín el encargo de formar gobierno fue enteramente del presidente Azaña, que dejó anotadas en su diario las firmes razones y motivos del nombramiento:

> Me decidí a encargar del Gobierno a Negrín. El público esperaría que fuese Prieto. Pero estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que, fuera de él, no había candidato posible. Y en la presidencia, los altibajos del humor de Prieto, sus «repentes», podían ser un inconveniente. Me parecía más útil, teniendo Prieto una función que llenar, importantísima, adecuada a su talento y a su personalidad política, aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín (...) El nuevo Presidente tiene gran confianza en sus designios, en su autoridad, afirma que la guerra durará mucho todavía (¡otro año!), y que se prepara para ello. Negrín, poco conocido, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones. Podrá estarse conforme o no con sus puntos de vista personales, pero ahora, cuando hablo con el jefe del Gobierno, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto. Esto, al cabo de los meses, es para mí una novedad venturosa. Parece hombre enérgico, resuelto, y en ciertos respectos, audaz. Algunos creerán que el verdadero jefe del Gobierno será Prieto. Se engañan. No solamente porque Prieto es sobrado inteligente para salirse de su papel, sino porque el carácter de Negrín no sirve para eso (11).

---

(10) Al margen de sus enemigos políticos en uno u otro bando, el historiador que más eco se ha hecho de las denuncias sobre el «cripto-comunismo» de Negrín ha sido el galés BURNETT BOLLOTEN. Véase el capítulo 13 («El doctor Juan Negrín y Julio Álvarez del Vayo») y 45 («El ascenso de Juan Negrín») de su voluminosa obra *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid, 1989. En igual sentido, su artículo «El extraño caso del doctor Juan Negrín», *Historia 16*, núm. 117, 1986, págs. 11-24. Para situar en perspectiva su obra, resulta interesante el artículo de JULIO ARÓSTEGUI, «Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: la persistencia del Gran Engaño», *Historia contemporánea*, Bilbao, núm. 3, 1990, págs. 151-177.

(11) Anotación del 20 y 31 de mayo de 1937. MANUEL AZAÑA: *Memorias de guerra, 1936-1939*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1996, pág. 55-57.

Una vez elevado a la jefatura del gobierno, la gestión enérgica y voluntariosa de Negrín, ejemplificada en su lema de campaña («Resistir es vencer»), capturó por algún tiempo los anhelos y esperanzas de la abatida y semidesahuciada retaguardia y reactivó las exiguas fuerzas del Ejército Popular de la República. Como indicaba su propio lema, la resistencia a ultranza propugnada desde el primer momento por Negrín era una arriesgada estrategia política y militar básicamente *defensiva* y vertebrada sobre dos expectativas de horizonte alternativas. En el mejor de los casos, la República tenía que resistir el avance enemigo hasta que estallase en Europa el inevitable conflicto entre las democracias occidentales y el Eje ítalo-germano, obligando entonces a aquéllas a asumir como propia la causa republicana y a prestarle su apoyo vital hasta entonces negado. En el peor de los casos, si ese conflicto europeo no llegaba a estallar, había que resistir para conservar una posición de fuerza disuasoria que pudiera arrancar al enemigo las mejores condiciones posibles en la negociación de la paz o de la capitulación y rendición.

En ambos casos hipotéticos, la estrategia política negrinista implicaba dos exigencias sustanciales y correlativas. En el plano exterior, exigía conservar intacto el único y vital apoyo militar y diplomático disponible para la República (el que prestaba la Unión Soviética). En el plano interno, imponía la colaboración inexcusable con el Partido Comunista y su integración como uno de los pilares de la resistencia republicana.

Fue básicamente en este ámbito interno donde la estrategia política formulada por Negrín acabó naufragando irremisiblemente, incapaz de frenar el sistemático deterioro de las posiciones militares y de la moral política del bando republicano. De hecho, a lo largo del fatídico año de 1938, la sucesión continua de graves derrotas militares y el fracaso de todas las previsiones de ayuda franco-británica tuvieron su reflejo inmediato en un deterioro de las condiciones de vida material en la retaguardia (sobre todo en el plano alimentario) que afectó hondamente a la moral de la resistencia popular y militar. En esa coyuntura progresivamente deteriorada, la tensión latente entre los partidarios de la resistencia a ultranza y los partidarios de ensayar la mediación internacional para capitular con condiciones alcanzó puntos de ruptura crítica. Dicha tensión no sólo enfrentaba a los comunistas con las restantes fuerzas políticas republicanas, aunque todas ellas compartieran un mayor o menor recelo frente a sus expeditivos métodos, su sectarismo y sus fines políticos últimos (puestos de manifiesto en mayo de 1937 con el secuestro y asesinato por agentes soviéticos de Andreu Nin, líder del POUM). Era una tensión que también fracturaba internamente a todas las fuerzas políticas en sectores negrinistas y antinegrinistas, en particular al ya muy debilitado movimiento socialista (12).

(12) Sobre este particular, resulta crucial la lectura del exhaustivo estudio de la hispanista británica HELEN GRAHAM: *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991. De la misma autora: «Movilizándose para la guerra total: la experiencia republicana», *Revista de Extremadura*, Cáceres, núm. 21, 1996, págs. 29-54.

Fue precisamente durante ese año crítico de 1938 cuando tuvo lugar en el PSOE la trascendental quiebra de la amistad política y personal entre Negrín y Prieto, que fue cesado por su derrotismo de la cartera de Defensa y pasó a sumarse a Largo Caballero y Julián Besteiro en su denuncia de la política gubernamental por considerarla favorable a los comunistas y opuesta a la idea de mediación internacional. En ese contexto de fractura interna del movimiento socialista, el doctor Negrín ofreció ante la Comisión Ejecutiva del PSOE en marzo de 1938 las firmes razones que alentaban su línea política si se descartaba la alternativa de una rendición incondicional ante Franco:

> Bueno, voy a decir ante ustedes, oficialmente, lo que en el orden particular e íntimo he manifestado a alguien: No puedo prescindir de los comunistas, porque representan un factor muy considerable dentro de la política internacional y porque tenerlos alejados del Poder sería, en el orden interior, un grave inconveniente; no puedo prescindir de ellos, porque sus correligionarios son en el extranjero los únicos que eficazmente nos ayudan, y porque podríamos poner en peligro el auxilio de la URSS, único apoyo efectivo que tenemos en cuanto a material de guerra (13).

Efectivamente, ésas eran las razones y las exigencias de la política de resistencia a ultranza formulada y alentada por Negrín. Y nadie, ni siquiera Prieto o Azaña, menos aún Largo Caballero o la CNT, pudo ofrecer una alternativa política viable a la misma si no era la rendición incondicional ante Franco, totalmente descartada por el temor a las represalias anunciadas para los vencidos y por el vivo conocimiento de la dura represión ejercida contra los desafectos en la retaguardia enemiga. Así lo reconoció amargamente Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes y partidario de la mediación inmediata, al propio Azaña en septiembre de 1938: «Negrín es insustituible ahora». Así lo confesó Negrín a su correligionario y amigo, Juan Simeón Vidarte, con palabras bien reveladoras de su plena conciencia de los problemas planteados por la división interna republicana y el crecimiento de la influencia comunista:

> ¿Es que usted cree que a mí no me pesa, como al que más, esta odiosa servidumbre? Pero no hay otro camino. Cuando hablo con nuestros amigos de Francia, todo son promesas y buenas palabras. Después empiezan a surgir los inconvenientes y de lo prometido no queda nada. La única realidad, por mucho que nos duela, es aceptar la ayuda de la URSS, o rendirse sin condiciones. (...) ¡Qué más puedo hacer! La paz negociada siempre; la rendición sin condiciones para que fusilen a medio millón de españoles, eso nunca. ¿Usted cree que para seguir mi política de resistir, hasta obtener una paz negociada, sigo contando con la confianza del Partido, aun habiendo tenido que prescindir de Prieto? (14).

---

(13) Reproducido en INDALECIO PRIETO: *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, Planeta, Barcelona, 1989, págs. 61-62.

(14) J. S. VIDARTE: *Todos fuimos culpables*, pág. 855 y 857. La cita previa de Martínez Barrio en M. Azaña, *op. cit.*, pág. 404. Anotación correspondiente al 6 de septiembre de 1938. Cfr. RICARDO MIRALLES: «Juan Negrín: resistir ¿para qué?», *Historia 16*, núm. 253, 1997, págs. 8-23.

Otra confesión realizada por Negrín al mismo dirigente socialista permite clarificar de nuevo la doble perspectiva de futuro implícita en su política de resistencia a ultranza:

> Aunque me ve aparentando optimismo, no creo que saquemos nada práctico de la reunión de la Sociedad de Naciones. Alemania, Italia y Portugal seguirán ayudando descaradamente a Franco y la República durará lo que quieran los rusos que duremos, ya que del armamento que ellos nos mandan depende nuestra defensa. Únicamente si el encuentro inevitable de Alemania con Rusia y las potencias occidentales se produjese ahora, tendríamos posibilidades de vencer. Si esto no ocurre, sólo nos queda el luchar hasta poder conseguir una paz honrosa (15).

A la postre, el acierto general de esa evaluación política se estrelló contra el hecho evidente del cansancio popular por las privaciones ocasionadas por la guerra, del desánimo por la falta de ayuda de las democracias occidentales y de la consiguiente descomposición de la moral política de resistencia en amplios sectores republicanos. Pese a esos fracasos (o quizá debido a su indomable voluntad de rectificarlos), la consideración política y personal de Negrín entre las cancillerías democráticas siguió siendo muy alta, como demuestran los informes confidenciales de agentes diplomáticos y militares británicos en la zona republicana. Por ejemplo, en el fatídico mes de septiembre de 1938, poco antes de la firma del Pacto de Múnich, un representante británico remitía a Londres un retrato bastante favorable de Negrín en el que se le atribuía la capacidad de resistencia demostrada por la República ante los últimos reveses militares:

> Llegados a este punto, es necesario mencionar otro factor en la situación política: la personalidad del presidente del consejo de ministros, señor Negrín. La rápida recomposición del gobierno que ha tenido lugar en los últimos meses se debe en gran medida a él. Es un hombre viril y extremadamente capaz de unos cuarenta y cinco años, que parece tener un ascendiente completo sobre el consejo de ministros. Su carácter es excepcional y posiblemente sea el «hombre del destino» de España. Su «casa espiritual» es Alemania y sus dioses son Mussolini y Lenin. Además de ser jefe del gobierno también es ministro de Defensa, con todas las fuerzas del Estado bajo su control. En este ámbito, está convirtiendo rápidamente al Ejército y a las fuerzas aéreas en cuerpos altamente organizados. Es bastante implacable. El único factor de debilidad en la situación radica en la falta de suministros alimenticios, especialmente en Madrid. Por primera vez, se están haciendo serios esfuerzos para organizar la distribución de alimentos. Si fracasan, continuará el abastecimiento de las fuerzas combatientes y se sacrificará la población civil a las necesidades militares. Se supone que sus inclinaciones (de Negrín) son hacia la extrema izquierda, pero las etiquetas dicen poco en este país. Por las razones que ya he mencionado, resulta conveniente para mucha gente en la actualidad declararse comunista, sean las que sean sus verdaderas convic-

(15) J. S. VIDARTE: *Op. cit.*, pág. 764-765. Por el contexto, la confesión parece hecha en septiembre de 1937, con ocasión de la Asamblea General de la Sociedad de Naciones a la que acudió Negrín y le tocó presidir.

ciones. Es difícil saber cuál sería la reacción de Negrín ante un golpe de Estado hacia la derecha del presidente de la República. Si tuviera alguna perspectiva de apoyo internacional de las democracias, supongo que lo aceptaría. Si no, pudiera ser que se viera forzado, incluso contra su voluntad, a establecer algún tipo de dictadura de izquierdas bajo su dirección personal (16).

El prestigio y consideración personal de Negrín queda igualmente reflejado en otro informe diplomático de finales de 1938. El 30 de octubre, el jefe del gobierno se entrevistó con el encargado de negocios británico ante la República y le expuso con toda sinceridad su actitud hacia el comunismo en un intento desesperado por lograr la ayuda militar franco-británica para evitar la inminente ofensiva franquista sobre Cataluña. Según la crónica reservada remitida por su interlocutor a las autoridades de Londres:

> El señor Negrín estuvo muy cordial y extremadamente franco. Quizá el aspecto más interesante de la conversación fue la sincera exposición de su actitud respecto al comunismo. Su afiliación política siempre ha sido algo sospechosa y algunos de sus propios ministros no están seguros de cuáles son sus verdaderas simpatías. En esta oportunidad, no hubo dudas en la declaración. Dijo que el comunismo no era una ideología que se adaptase bien al pueblo español. Los objetivos y la política del gobierno español mostraban cuán lejos estaban sus simpatías del comunismo. Mencionó que el Partido Comunista había sugerido afiliarse a su propia rama del Partido Socialista y que ésta lo había rechazado. Sin embargo, el gobierno tenía que apoyarse en gran medida en el Partido Comunista no sólo porque era la fuerza mejor organizada en la etapa inicial de la guerra civil, sino también porque Rusia había sido el único país que había dado al gobierno español una ayuda realmente efectiva. El Partido Comunista era todavía el más entusiasta y enérgico de los apoyos del gobierno. En estas circunstancias, la eliminación de la influencia comunista no reportaba ninguna ventaja para el gobierno. Pero el señor Negrín afirmó que él podría suprimir, y lo haría, al Partido Comunista en una semana si pudiera obtener los suministros requeridos de Francia e Inglaterra. Bromeando seriamente, detalló los suministros que necesitaba. Aparentemente, el precio de la democracia es el siguiente: 500.000 rifles, 12.000 ametralladoras, 1.600 cañones, 200 tanques medios y ligeros, 300 bombarderos y 300 cazas. Con estos suministros y la munición necesaria, podría terminar la guerra en abril (17).

(16) Informe de Mr. Denys Cowan sobre las condiciones existentes en la zona republicana, firmado en Caldetas (Barcelona) el 12 de septiembre de 1938. Mr. Cowan formaba parte una comisión británica encargada del intercambio de prisioneros entre ambos bandos y era el oficial de enlace con el gobierno republicano. Su informe fue recibido en Londres y analizado en el Foreign Office el 29 de septiembre. Se custodia en el Public Record Office (Kew, Surrey), sección «Foreign Office Records», serie «General Correspondence», bajo la signatura archivística: FO 371/22630 W12944.

(17) Despacho de Mr. Skrine Stevenson (encargado de negocios británico ante la República) dirigido a lord Halifax (secretario del Foreign Office), fechado en Caldetas, 31 de octubre de 1938. Custodiado en el Public Record Office, sección «Foreign Office Records», serie «Confidential Prints», bajo la signatura archivística: FO 425/415 W14601/29/41. En la entrevista estuvieron presentes dos discípulos de Negrín que le apoyaron en sus actividades políticas durante la guerra: Rafael Méndez, subsecretario del Ministerio de Gobernación y Blas Cabrera, secretario privado del jefe de gobierno.

Sin embargo, ni esas gestiones ni otras similares emprendidas por Negrín ante el gobierno francés lograron un cambio fehaciente en la política de No Intervención de las democracias occidentales. Para entonces, también había fracasado otra iniciativa secreta llevada a cabo por Negrín directamente ante representantes del gobierno alemán para lograr su apoyo a una hipotética mediación. A mediados de agosto de 1938, cuando la ofensiva republicana en el Ebro había demostrado una capacidad de resistencia militar sorprendente, Negrín viajó a Zúrich, nominalmente para participar en un congreso internacional de fisiología. La presencia coetánea en Ginebra del duque de Alba, agente diplomático de Franco en Gran Bretaña, alentó los rumores sobre el propósito de Negrín de aprovechar la situación militar para negociar la paz con el mismo. En realidad, consciente de la negativa franquista a cualquier compromiso, el viaje del jefe del gobierno pretendía sondear ante un emisario alemán, el conde de Welczeck, embajador en París, la disposición del Tercer Reich a favorecer negociaciones de paz y mediación. El resultado de la entrevista fue negativo y convenció a Negrín de que la única alternativa para la República era resistir todo lo posible y no dar señales de debilidad mediante nuevos sondeos análogos (18).

La reiterada inhibición franco-británica ante la suerte de la República, junto con el comienzo de la triunfal ofensiva franquista sobre Cataluña a finales de diciembre de 1938, obligaron a Negrín a considerar en adelante la política de resistencia como una mera estrategia disuasoria para conseguir una capitulación con mínimas condiciones y garantías. Ya a raíz de la firma del Pacto de Múnich había confesado con resignación a sus íntimos: «¡Garantías para una paz honrosa es lo único que estoy buscando!» Desde hacía tiempo, en estricto secreto para no desmoralizar a la opinión pública y a los combatientes, había previsto la necesidad de organizar una emigración masiva de republicanos significados que pudieran así librarse de la persecución y posiblemente la muerte a manos de las autoridades franquistas. En septiembre de 1937 incluso había encomendado a Vidarte una misión muy confidencial, «tan delicada que la ignora hasta Azaña». Se trataba de ir a México, único país abiertamente favorable a la causa republicana, para solicitar del presidente Lázaro Cárdenas su permiso para acoger a un nutrido número de exiliados republicanos en caso de necesidad. La confidencialidad de la gestión, según Negrín, era de la máxima importancia porque de ella dependía su misma viabilidad, ya que si se hiciera pública su existencia «los que están batiéndose en el frente (...) o tirarían las armas o arrastrarían por las calles al gobierno». Vidarte recordaría en sus memorias su entrevista con Cárdenas, que habría de resultar tan fructífera llegado el trágico momento y ocasión:

(18) Sobre la visita a Suiza, que algunas fuentes fechan erróneamente en septiembre, véanse: HUGH THOMAS: *La guerra civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976, vol. 2, pág. 911. GABRIEL JACKSON: *La República española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 1979, pág. 396. JULIÁN ZUGAZAGOITIA: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Crítica, Barcelona, 1976, págs. 410-411 y 430. INDALECIO PRIETO: *Convulsiones de España*, Oasis, México, 1967, vol. 1, pág. 224. M. ANSÓN: *Yo fui ministro de Negrín*, pág. 228-229. M. AZAÑA: *Op. cit.*, pág. 403. R. MÉNDEZ: *Caminos inversos*, págs. 101-103.

> Pasamos después al verdadero objeto de mi viaje: la ayuda que en caso de perder la guerra podríamos esperar de México. Procuré recordar las mismas palabras que el doctor Negrín había empleado conmigo en Ginebra al encomendarme esta misión: Nuestro Ejército, curtido tras un año de lucha en el dolor y el sacrificio, estaba dispuesto a continuarla hasta conseguir la victoria, pero nosotros no luchábamos solamente contra el ejército sublevado, sino con Alemania, Italia y Portugal y más aún contra la indiferencia y la perfidia de los países democráticos. Un hombre de Estado, y el presidente Negrín lo era, no podía encerrarse en una sola política y no se podía descartar la posibilidad de una derrota. En ese caso iba a ser imposible para muchos millares de republicanos poder vivir en España. En el caso de un destino adverso, el presidente Negrín quería saber hasta qué punto podría contarse con el señor presidente de México, para una emigración masiva (19).

A la vista del imparable avance de la ofensiva franquista en Cataluña durante el mes de enero de 1939, Negrín dispuso que las magras fuerzas militares republicanas disponibles sirvieran como escudo protector de una retirada masiva ordenada y gradual hacia la frontera francesa. Al mismo tiempo, reiteró ante los gobiernos de Francia y Gran Bretaña su disposición a seguir resistiendo hasta el final a menos que el enemigo aceptara conceder garantías contra represalias indiscriminadas y permiso para «la evacuación de individuos comprometidos de la zona sur» (20). Como resultado de la primera iniciativa, el 9 de febrero de 1939, poco antes de la llegada de las tropas nacionalistas, más de 400.000 republicanos españoles (civiles y militares) cruzaron la frontera y entraron en Francia como exiliados políticos. En medio de la amargura y tristeza de la retirada, Negrín, que había supervisado el paso de las últimas unidades del Ejército, hizo una confesión muy significativa a Julián Zugazagoitia, dirigente socialista y secretario general del Ministerio de Defensa: «Esperemos que la segunda parte podamos llevarla a buen término con el mismo éxito» (21).

Sin embargo, la prevista segunda parte de la operación no tendría lugar. El repliegue masivo y ordenado en la zona centro hacia los puertos mediterráneos para embarcar camino del exilio se revelaría un sueño frustrado e inoperante. La pérdida de Cataluña había activado el proceso de descomposición moral e institucional en lo que restaba de territorio leal a la República, alentando a las heterogéneas fuerzas partidarias de negociar la paz y eliminar la influencia comunista del ámbito militar y político (que incluían a republicanos, militares profesionales, anarcosindicalistas y socialistas caballeristas tanto como besteiristas). Su último episodio fue la sublevación contra el gobierno de Negrín del coronel Segismundo Casado en Madrid a principios de marzo de 1939, que provocó una breve pero sangrienta guerra civil entre negrinistas y antinegrinistas. Con el triunfo de las fuerzas de Casado y la proscrip-

(19) J. S. VIDARTE: *Todos fuimos culpables*, pág. 788. La resignada confesión de Negrín sobre su búsqueda de una paz honrosa se recoge en esta misma obra, pág. 885.

(20) Sobre las últimas gestiones de Negrín en Cataluña véase ENRIQUE MORADIELLOS: *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Siglo XXI, Madrid, 1996, págs. 347-350.

(21) J. ZUGAZAGOITA: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, vol. 2, pág. 241-242.

ción del PCE quedó barrida la viabilidad de una estrategia política que ya no tenía apoyos internos suficientes ni aparentes horizontes de apoyos externos inmediatos. Con dicho triunfo también se reveló ilusoria la alternativa de negociar con Franco otra cosa que no fuera la mera y simple rendición incondicional y sin garantías.

El 31 de marzo de 1939, mientras Franco se disponía a emitir el parte anunciando su victoria total en la guerra civil, Negrín comparecía como legítimo jefe de gobierno ante la Diputación Permanente de las Cortes reunida en París. Su declaración fue una rotunda condena de la sublevación de Casado y un explicación sincera de la razón básica de su política de resistencia:

> No hay diplomacia posible sin el respaldo de una acción decidida a vender cara su derrota, y se engañan los que esperan ayudas gratuitas aunque se trate de las naciones más amigas y mejor intencionadas. (...) Porque lo que yo he querido siempre es conseguir la paz. Pero la paz no se logra diciendo: yo me entrego o entrego a los que luchan conmigo. (...) ¿Resistir para qué? ¿Para entrar triunfalmente en Burgos? Nunca hemos hablado ni pensado en ello, señores, proclamar una política de resistencia implica confesar que no se cuenta con medios para aplastar al enemigo, pero que causas superiores obligan a luchar hasta lo último, y para ello es necesario estimular y alentar el ánimo bélico de los combatientes (22).

La amarga tragedia de la derrota y el exilio no aminoró en absoluto la intensidad y acritud de las divisiones políticas entre los republicanos; antes al contrario. Por entonces, la creciente soledad política del doctor Negrín empezó a revelarse en toda su amplitud y profundidad (23). Una gran parte de los republicanos de izquierda, anarquistas y la gran mayoría de socialistas (con Prieto y Largo Caballero de acuerdo en este punto) negaron la legitimidad de casi todas sus iniciativas políticas. Por ejemplo, se resistieron a reconocer su condición de jefe de gobierno en el exilio, una pretensión que Negrín deseaba para poder mantener la ficción de una legalidad republicana indiscutida y recabar el apoyo e hipotético reconocimiento de las democracias occidentales en caso de estallido de la guerra mundial. También rechazaron colaborar en las actividades del SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) y crearon un organismo alternativo para ayudar financieramente a los exiliados políticos republicanos diseminados por varios países: la JARE (Junta de Asistencia a los Republicanos Españoles).

---

(22) Citado en M. TUÑÓN DE LARA, R. MIRALLES y B. N. DÍAZ CHICO: *Juan Negrín López*, pág. 183. Los mismos argumentos utilizaría Negrín en su carta de 23 de junio de 1939 a Prieto (afincado en México): «Una vez en la región Centro-Sur traté de levantar los ánimos, reajustar los servicios a las nuevas circunstancias, acopiar elementos para una resistencia eficaz. Las medidas tomadas (...) hubieran permitido seguir luchando hasta ahora. Seguir luchando, porque no había más remedio para, si no se podía ganar, salvar lo que se pudiera o, al menos, salvar el decoro. (...) Resistir ¿por qué? Pues sencillamente porque sabíamos cuál sería el final de la capitulación». I. PRIETO: *Epistolario Prieto-Negrín*, págs. 47 y 55.

(23) La etapa del exilio en la vida de Negrín se analiza en dos artículos relevantes: JUAN MARICHAL: «Juan Negrín y la continuidad de la Segunda República»; y MICHAEL ALPERT: «Don Juan Negrín en Londres, 1940-1956», ambos en JAVIER TUSELL y otros: *La oposición al régimen de Franco*, UNED, Madrid, 1990, tomo I, vol. 1, págs. 67-72 y 73-90.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 aún complicó más la situación. Negrín decidió prestar su apoyo abiertamente al esfuerzo de guerra franco-británico contra Alemania y contra Italia, permaneciendo en París hasta la caída de Francia (junio de 1940) y pasando entonces a Londres como doble exiliado. Allí residió durante toda la contienda mundial, negándose reiteradamente a abandonar Europa y buscar refugio seguro en México, como hicieron una gran parte de los dirigentes republicanos. Esa decisión de apoyar a las democracias contra el Eje en el momento amargo de 1939 y 1940 provocó una situación bien reveladora de la falta de veracidad de la leyenda sobre el criptocomunismo de Negrín. Su actitud cosechó la hostilidad de los comunistas, quienes, tras la firma del pacto de no agresión germano-soviético de agosto de 1939, denunciaban el conflicto como una mera guerra interimperialista y se negaban a tomar parte en ella (24). Sólo después de la inesperada invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941, los comunistas rectificaron su postura y revalidaron su antifascismo a la par que su simpatía por la figura del doctor Negrín.

En agosto de 1945, al término de la guerra mundial con la derrota del Eje, Negrín intentó concitar el apoyo unánime de todas las fuerzas políticas del exilio para ofrecer un frente unitario republicano que pudiera recabar el apoyo de los gobiernos aliados contra la dictadura de Franco, aprovechando su desprestigio internacional y el fuerte rechazo que provocaba su reciente conducta de simpatía y apoyo al esfuerzo bélico ítalo-germano. En opinión de Negrín, sólo ese frente unido serviría como garantía ante Washington y Londres de la presencia de una alternativa de recambio al régimen franquista que no incurría en el riesgo de reanudar los horrores de la guerra civil. Sin embargo, ante la patente imposibilidad de concitar el apoyo de todas las fuerzas políticas del exilio, Negrín dimitió de su cargo de jefe del gobierno de la República en el exilio ante la sesión plenaria de las Cortes reunidas en México el 17 de agosto de 1945. La amargura causada por ese hecho quedó reflejada en su discurso del 3 de septiembre en el homenaje tributado a su persona en la capital mexicana por sus partidarios del PSOE y otras fuerzas políticas. Aun reconociendo sin reservas al nuevo gobierno elegido por las Cortes y presidido por el republicano José Giral, Negrín no pudo dejar de reprochar la falta de apoyo y concurso que había sufrido en los años previos y que había tenido tan alto coste político:

> Guste o no guste, parezca a unos excelente o a otros deplorable, éste es el Gobierno de la República. Negarlo o ponerlo en duda sería inferir grave daño a la República y a España. Ésta es mi convicción. Si a fines de 1944 hubiera existido un Gobierno reconocido por los republicanos españoles, por todos los sectores republicanos españoles, a mí no me cabe la menor duda de que ya hoy estaríamos en España. Amigos

(24) Sobre la hostilidad comunista hacia Negrín es revelador el estudio del hispanista norteamericano DAVID WINGEATE PIKE: *In the Service of Stalin. The Spanish Communists in Exile, 1939-1945*, Oxford University Press, Oxford, 1993, págs. 24-25.

míos, han pasado, desgraciadamente, algunas de las mejores coyunturas; hemos de ayudar a que no pasen las coyunturas que aún tenemos por delante (25).

Ciertamente, como sospechaba Negrín, por aquellas fechas ya empezaba a resultar evidente que los aliados occidentales victoriosos no iban a tratar de derribar al régimen del general Franco mediante sanciones militares, económicas o diplomáticas por temor a desatar una nueva guerra civil en España y a favorecer la expansión del comunismo en Europa occidental. Además, la patente desunión en las filas del exilio y la consecuente falta de una alternativa política unitaria para reemplazar pacíficamente a Franco acentuaban esa pasividad inhibitoria de las potencias occidentales. Al respecto, el juicio confidencial de un alto funcionario del Foreign Office británico a principios de 1945 es sumamente revelador:

> En conjunto, creo que podemos dejar que estos exiliados republicanos españoles se peleen entre ellos. La principal fortaleza de Franco reside en las insolubles luchas existentes en el seno de su oposición. Aunque uno abomine de Franco sinceramente, no puede sino despreciar a estos carreristas exiliados que no saben unirse ni siquiera en la oposición (26)

En ese contexto de creciente frustración de las esperanzas republicanas, la escasa actividad política de Negrín acentuó aún más su carácter de pragmatismo independiente y cosechó así mayores incomprensiones entre los círculos del exilio.

Durante el año de 1948, ya en plena atmósfera de Guerra Fría y contra el parecer de los comunistas y todas las fuerzas republicanas, el doctor Negrín defendió públicamente la inclusión de España en el Plan Marshall norteamericano para ayudar a la reconstrucción económica de Europa. Lo hizo a través de sendas cartas publicadas en el *New York Herald Tribune* (edición europea), a principios de abril de 1948:

> Naturalmente, una mejora de la situación económica disminuye los quebraderos de cabeza de los dirigentes. Pero soñar con el restablecimiento de la República a través del hambre y del empobrecimiento de España es un error y simples deseos viciados. (...) Estoy hondamente convencido de que este programa que adjudique a España lo que se le debe, sin considerar quién está en el poder, y que reconozca al mismo tiempo una situación *de iure* (a las instituciones republicanas), que fue violada por la corrupción política anterior a 1939 de varias democracias, acarrearía en poco tiempo un cambio sin problemas y restauraría sin derramar sangre y sin violencia nuestra constitución suspendida. Y entonces llegaría el tiempo en que se podría incorporar a España dentro de la unión europea (27).

---

(25) Reproducido en S. ÁLVAREZ: *Negrín*, pág. 192.

(26) Minuta de Oliver Harvey, subsecretario del Departamento de Europa Occidental del Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores británico), 21 de enero de 1945. FO 371/49553 Z161.

(27) Se reproducen en la obra de MARIANO ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*, págs. 337-342. Prueba del rechazo comunista a esa actuación es el comentario de *Mundo Obrero* (órgano oficial del PCE) el 15 de abril de 1948: «Negrín ayuda al régimen franquista al proponer que éste sea incluido en el Plan Marshall». Cfr. JUAN MARICHAL: «Juan Negrín y la continuidad de la II República», pág. 70.

Las razones de esa sorprendente y polémica decisión fueron explicadas por Negrín a un dirigente socialista afín a su línea política con las siguientes palabras:

> ¿Que eso va a ayudar a Franco? Mire usted, Lamoneda, eso son pamplinas. Ni con el Plan Marshall se le mantiene, ni sin el plan se le echa. (...) Yo estoy con el plan Marsahll y no estoy dispuesto a que mi país se hunda.

Ante una observación de ese mismo dirigente sobre la falta de apoyo de la Unión Soviética al plan y el coste político implícito en oponerse a la voluntad de los soviéticos, Negrín replicó con una afirmación rotunda y muy clarificadora:

> Desde 1936 hemos coincidido con los rusos en muchos objetivos, pero ellos saben muy bien —porque me he cuidado de que se enteren— que nuestras últimas finalidades y nuestras concepciones políticas eran distintas, en muchas ocasiones opuestas (28).

Siguiendo esa misma línea y orientación, el doctor Negrín dispuso que a su muerte (ocurrida el 12 de noviembre de 1956 por fallo cardíaco) su familia entregase a las autoridades españolas toda la documentación concerniente al envío de las reservas de oro a la Unión Soviética durante la guerra civil, con el fin de probar que había sido gastado íntegramente en aras del esfuerzo de guerra republicano. Se trataba de una última prueba de independencia y pragmatismo que no fue bien recibida ni siquiera por los sectores del exilio más fielmente negrinistas. Los otros sectores, llevados por su proverbial maniqueísmo, se limitaron a declarar que era un acto de traición y de reconocimiento implícito del régimen de Franco. Por supuesto, las autoridades franquistas aceptaron de buen grado la documentación pero silenciaron públicamente su trascendental contenido para no tener que desmentir el socorrido mito propagandístico del oro español robado por los republicanos y despilfarrado en Moscú.

Así, de este modo tan progresivo, azaroso y complejo, se fue tejiendo la espesa malla de silencio, olvido e incomprensión que aún hoy sigue envolviendo en gran medida la figura política y humana de don Juan Negrín, un gran científico devenido en político y estadista por la fuerza de la coyuntura histórica de su atribulado país.

---

(28) Textos citados en M. TUÑÓN DE LARA, R. MIRALLES y B. N. DÍAZ CHICO: *Juan Negrín López*, págs. 162 y 187. Ramón Lamoneda había sido diputado socialista durante la República y secretario de la Comisión Ejecutiva del PSOE durante la guerra.